

La democracia y el problema étnico en el Perú

RODRIGO MONTOYA

En 1986, hay en el Perú 59 culturas diferentes. La andina Quechua, que sobrevive luego de la invasión española de 1532 como expresión de la civilización Inca; la andina *aymara* del altiplano peruano-boliviano, 56 grupos étnico-lingüísticos en la selva amazónica y, por encima de éstas, la occidental, adaptada a las condiciones coloniales. Otras decenas de grupos étnicos no pudieron sobrevivir al gravísimo problema de dominación cultural, política y económica que conocemos en toda la historia del Perú. Pero no todo ha sido enfrentamiento y conflicto: a lo largo de más de cuatro siglos fue posible también un constante préstamo cultural que condujo a formas híbridas distintas a las españolas e indias originarias.

Los 58 grupos indígenas representan un tercio de los 18 millones de peruanos de hoy. Hasta hace sólo unas décadas, constituían la mayoría de la población. Por eso, en el caso peruano, la designación “minoría étnica” fue y puede ser aún discutible. Más allá de la aritmética elemental, es posible encontrar el peso de las culturas indígenas en la sociedad peruana a través de sus lenguas, sus fiestas, cantos, danzas y religiones, su acento para hablar el castellano y marcar la cultura en general.

En el Perú, la democracia es sinónimo de elecciones políticas y poco o nada tiene que ver con los derechos de ciudadanas y ciudadanos. El régimen de la *hacienda* colonial ha marcado profundamente al país y no resulta exagerado decir que en 1986 el Perú sigue siendo una hacienda política. Vientos de cambio anuncian futuras novedades, pero el peso de la historia es aún muy grande. No existió la democracia en el Perú, nadie nos la enseñó, y la lucha por una sociedad democrática está inevitablemente impregnada de caudillismo, clientelaje y dominación cultural. La necesidad de organizarse, de tener una voz propia más allá de los canales políticos clásicos (“la política debe ser para los políticos”), ya es visible y puede afirmarse que está abierto el camino de la esperanza.

En este artículo trataré de presentar una reflexión sobre el problema étnico y el problema de la democracia en el Perú.

I. LA CONDICIÓN COLONIAL DE LOS SIN VOZ

Los invasores españoles consideraron a los pobladores de América como *seres inferiores* llamándolos “*indios*”, por un error geográfico de los nave-

gantes que llegaron a nuestras costas y por razones de facilidad, para no tener que nombrar a todos los pueblos de manera diferente y menos aún con los nombres que éstos se daban a sí mismos. Con un razonamiento etnocéntrico, los conquistadores creyeron que ellos eran “superiores” cultural y racialmente a los “indios”. Los llamaron *paganos* por el supuesto delito de no conocer al dios cristiano, que entonces —como ahora— sería el “único Dios verdadero”. Para que los pobres “seres inferiores” dejaran de ser lo que eran, propusieron la nobilísima tarea de “cristianizarlos” —evangelizarlos— por medio del Bautismo y la catequesis. Ya en el siglo *xx*, los herederos de los españoles en el poder consideraron que el único modo de “civilizar” a los “bárbaros” o “salvajes” (nuevos términos propuestos por el etnocentrismo burgués europeo) sería a través de la escolarización forzosa. Occidente fue creando lentamente el *mito civilizatorio de la escuela* a través de la oposición oscuridad-analfabetismo-salvajismo frente a la luz-alfabetización-civilización. Ir a la escuela es hoy una reivindicación por la que muchos mueren o van a la cárcel. Pero al mismo tiempo significa *liquidar* las culturas indígenas entendidas como “salvajes”.

La apropiación de la tierra, los tesoros y el reparto de la fuerza de trabajo como botines de guerra entre conquistadores constituyeron las bases para el montaje de una dominación colonial con la *hacienda* y la *comunidad*, instituciones que hoy siguen siendo bases del Perú.

Nadie puede respetar a quien considere inferior. En el mejor de los casos, puede tener compasión de su lamentable inferioridad y, en el peor, simplemente despreciarlo. Desprecio y compasión han sido, y lamentablemente en buena parte siguen siendo, los sentimientos fundamentales de los patrones españoles y sus herederos hacia los indios. El piadoso cristianismo de los hacendados los llevó a la compasión. Su desesperanzada búsqueda de riqueza y de arribismo social crearon las condiciones para el desprecio. En otro texto he descrito los términos que los patrones e indios usan para nombrarse entre ellos, frente a frente: “Hijo”, “hijito”, “hija”, “hijita” les dice el patrón; “papá”, “papacito”, “mamá”, “mamacita” les dice el indio. El término *Mamacha*, mamacita, designa a la Virgen María. Pero cuando están lejos unos de otros, los patrones se refieren a los indios diciendo: “Indio”, “chuto”, “cholo”, “aborigen”, con desprecio. Los indios los llaman “Qala” “misfi”, “Wiraqocha” (desnudo, extranjero). (Wiraqocha fue un dios estatal del imperio incaico.) Llamarse al español con el término reservado para un antiguo dios, es muy importante para entender el fenómeno de la dominación colonial. Hoy, el término *wiraqocha* ya no tiene ninguna significación religiosa. Designa sólo a los propietarios, a los blancos. Cuando los propietarios hablan de sí mismos se llaman “vecinos”, “principales” y los indios rechazan ese término y se designan como *runa*, hombres en quechua. El desprecio, el temor y la compasión aparecen visiblemente en los términos con los cuales los dominadores y dominados se nombran. Nadie llama al otro como éste se llama a sí mismo; en consecuencia, existe un problema clarísimo de no aceptación del otro como tal,

pero sí la necesidad del otro como trabajador (el indio) y como “protector” (el hacendado).

Dentro de la lógica del paternalismo, un “ser inferior” debe ser protegido, porque no puede valerse por sí mismo. El indio analfabeto no podía ni puede firmar y otra persona que sí sepa leer y escribir debe firmar por él. Los patrones se repartieron a los indios y cada quien debía defender a sus indios. “Buen patrón” era aquel capaz de velar por sus “pobrecitos” indios. En la vida cotidiana del Perú, *pobretear* a los otros (“pobrecito tal”, “pobrecita aquella”) es una clara influencia del paternalismo cristiano de los viejos hacendados.

Hasta la reciente Constitución de 1979, los analfabetos, indios en su mayoría, no podían elegir ni ser elegidos. Simplemente no eran ciudadanos. Desde hace seis años, los *no ciudadanos* se han convertido en *ciudadanos a medias*. Pueden elegir pero no ser elegidos. El único saber que cuenta para las elecciones políticas del país es el saber escolarizado. Se trata de una victoria más del mito civilizatorio de la escuela en los países del llamado tercer mundo.

En consecuencia, un indio —por indio y analfabeto— no debía tener voz; el patrón hablaba por él. Ahora, otros hablan por él, y no son necesariamente patrones, sino otros que no siendo ya hacendados o patrones han heredado la condición de dominadores dentro de la sociedad.

El feudalismo colonial católico-cristiano sembró tres valores centrales en los indios de todo el Perú: sumisión, obediencia y resignación. Los antiguos habitantes del imperio incaico y los reinos vencidos por éste, conocieron también la sumisión, la obediencia y la resignación. No es posible pensar que la conquista española convirtió a los “indios libres” en esclavos o siervos. Cambió la dominación, se justificó de otro modo, con tesis más elaboradas como la doctrina de la Iglesia y su promesa de la ciudad eterna para los mansos, obedientes y resignados.

Con estos componentes culturales, la democracia era simplemente imposible. El régimen político sólo podía ser una extensión de la hacienda; es decir, el poder de un señor sobre sus siervos, el del triángulo sin base que, como señaló Julio Cotler, niega la comunicación horizontal entre los siervos y asegura la reproducción del poder del patrón sobre cada uno de sus siervos. Señor, clientela y lealtad: he ahí los tres términos del régimen de la hacienda. La clientela acompaña, aplaude, se beneficia, sostiene pero no puede criticar. La lealtad entendida como *entrega* niega la crítica, bloquea la posibilidad de una comunicación horizontal en la base capaz de cuestionar la cúpula del vértice. El señor da, regala, ofrece; la clientela recibe y se da por bien pagada.

No hubo en el Perú, ni tampoco en América Latina, una *revolución burguesa* capaz de quebrar las bases del poder feudal colonial. La burguesía se formó aquí *dentro* de la matriz colonial-feudal, *no contra*. Los burgueses se aliaron durante más de un siglo (1860-1960) con la clase de los terratenientes rentistas del feudalismo colonial y compartieron el poder

dividiendo al país en zonas de influencia. La burguesía agraria, comercial e industrial embrionaria guardó los valles de la costa para ella, mientras los latifundistas feudales conservaron la sierra y una parte de la selva. Esta alianza de clases duró hasta 1964. Frente a la masiva presencia de los campesinos luchando por sus tierras, los burgueses defendieron lo suyo aceptando que la reforma agraria se hiciera allí donde los antiguos propietarios feudales, llamados en el Perú "gamonales", no habían aceptado el desafío de "la modernización". Más tarde, en 1969, el gobierno del general Velasco Alvarado extendió la reforma agraria hacia la costa y ordenó la ocupación militar de los complejos agroindustriales azucareros de la costa.

En los últimos veinte años asistimos a lo que podría llamarse una tardía y lentísima *reforma burguesa* del Perú. No es posible pensar en una revolución democrático-burguesa porque el modelo europeo es irreplicable y porque carece de sentido mirar la realidad peruana y latinoamericana con los ojos europeos del siglo XIX. Pero está en marcha un proceso de *desfeudalización* y de relativa democratización de la sociedad. La ausencia de un enfrentamiento entre burgueses y feudales explica por qué la influencia del modelo político de la hacienda sigue presente, por qué las reformas democráticas son limitadas y por qué la lucha por la democracia en el Perú reproduce el viejo estilo de caudillos y clientelas. Es natural que en la propia izquierda del país, la democracia sea aún un débil embrión. No podía ser de otro modo: una efectiva democratización de la sociedad sigue siendo una tarea pendiente e indispensable.

II. LAS LUCHAS DEMOCRÁTICAS Y SUS POSIBILIDADES

Las ideas liberales y los ideales de la Revolución francesa llegaron aquí sin demora. Se incorporaron en el discurso político, pero la realidad de la sociedad no contenía las posibilidades para su aplicación, puesto que los herederos del feudalismo colonial seguían siendo fuertes en el Perú y la burguesía daba sus primeros pasos en función de las necesidades de expansión del capitalismo europeo y no de la democratización de la sociedad peruana. Esta coexistencia del colonialismo estructural y el discurso democrático duró desde fines del siglo XVIII hasta ahora. Ahora, en 1986, no ha concluido, sigue en pie, pero en abierta crisis.

El contenido europeo original de la democracia cambió de sentido en el Perú. Por un largo proceso que no podemos explicar aquí, los derechos del hombre y del ciudadano se redujeron a uno y de modo parcial: elegir y ser electos. En el Perú, se llama democrático a un régimen elegido por votación directa. Nada más. Si el presidente electo es un dictador como cualquier caudillo militar, importa muy poco. Por eso es perfectamente comprensible que el régimen civil del ex presidente Belaunde Terry (1980-1985) fuera considerado como un gobierno democrático después de casi

quince años de dictadura militar sin tomar en cuenta que en ese régimen la violación de los derechos humanos fue tremenda.

En los países colonizados como en el Perú se cuenta más la forma que el fondo; importa más la apariencia que la esencia. La sociedad peruana *no es una sociedad democrática*, tardará mucho en serlo. La raza y el alfabetismo cuentan demasiado para establecer diversos tipos de ciudadanos. Ciudadanos a medias son aquellos que desde 1979 pueden elegir pero no ser electos (no es por azar que éstos pertenezcan a los 58 grupos étnicos indígenas del país y se parezcan más a los habitantes del imperio incaico). *Ciudadanos plenos* son aquellos que pueden elegir y ser electos, gracias a su educación escolarizada y *super-ciudadanos* son aquellos que no votan pero deciden la suerte de la política en el Perú (los militares).

Lima es una de las pocas capitales de América del Sur en donde los taxistas cobran libremente de acuerdo con el color del cliente (“los blancos tienen que pagar más” o “a este cholito no le puedo cobrar mucho”). Ser *cholo* —de origen indio pero aculturado, modernizado— es una traba para subir dentro de la pirámide social. No es suficiente tener dinero o una buena profesión. Hay profundos mecanismos de discriminación racial de los cuales no se quiere hablar.

La lucha por la democracia en el Perú empezó hace mucho tiempo, pero con muy poco éxito. El futuro estuvo siempre lleno del pasado en la promesa de los demócratas del discurso. La democratización de la sociedad en la vida cotidiana, mucho más allá del simple voto de tiempo en tiempo, no es posible con el caudillismo de siempre. *Oligárquico*, es un gobierno de unos pocos. Ésta es la vieja herencia colonial aún vigente en el país. Un régimen personal de un caudillo que no consulta a nadie o de una cúpula que no toma en cuenta los mínimos intereses de los otros ni cambia la sociedad, simplemente la reproduce en su estructura esencialmente *no democrática*.

En el Perú se siente una profunda *necesidad* de organizarse, de participar en la vida política del país. En los últimos quince años, esta necesidad se ha multiplicado porque la rigidez del sistema de hacienda fue seriamente enfrentada por la reforma agraria. Más allá del fracaso y las dificultades de la simple transferencia de la propiedad de la tierra, es claramente perceptible en el campo y en toda la sociedad peruana de hoy ese deseo de libertad que se respira. Ése ha sido el mejor logro de la reforma agraria de 1969. En Lima, la ciudad de canteras de estera y ladrillos, han aparecido durante los últimos quince años cuatro centrales campesinas, un sindicato de maestros muy fuerte, un sindicato de trabajadores estatales, centenares de organizaciones de productores y de *pobladores*. Las mujeres se organizan en clubes de madres, en cocinas populares y en grupos feministas.

Los grupos étnicos de la selva y los Andes peruanos también están presentes en esta lucha por la democratización de la sociedad. Los viejos métodos caudillistas y no democráticos se reproducen aún, pero es creciente

la voluntad de la gente de enfrentarlos. Todos los días se da la batalla por la democracia, más allá de las elecciones presidenciales y parlamentarias. Las fuerzas del pasado siguen presentes, debilitándose pero peleando. Las fuerzas del futuro aparecen, se multiplican desordenadamente, pero aún están dispersas.

La propuesta colonial para *integrar* a los indios a la sociedad nacional surgió apenas iniciada la conquista del continente, a comienzos del siglo xvi. "Cristianizar" a los "paganos" fue la primera fórmula. Con el capitalismo triunfante del siglo xix la receta cambió: Hay que "civilizar" a los "salvajes" o "bárbaros". El colonialismo feudal y el capitalismo no aceptan a los indios como son; quisieron y quieren que sean como los occidentales, que dejen de ser lo que son para ser como el modelo occidental. El indigenismo constituyó una primera y sana reacción contra la dominación cultural y racial, y apostó por la defensa de los indios y la revaloración de su cultura. Pero no pudo hacer más; fue una protesta intelectual que cuando decidió ser una alternativa práctica encontró en la antropología aplicada un nuevo camino para lo mismo, para *civilizar*.

En los últimos quince años hay en América Latina y también en el Perú un movimiento autodenominado *indianista*, que critica duramente al colonialismo y al indigenismo anteriores. No es éste el lugar para analizar sus contradicciones y serios problemas, pero sí es posible decir que dentro de la lucha por la democratización de la sociedad, la palabra de los indianistas es pertinente y debe ser oída y discutida. No puede ser democrática una sociedad en la cual los indios son tratados como menores de edad. Peor aún si, como en el Perú, el componente indígena es muy importante en todas las esferas de la vida cotidiana.

Lo dicho aquí puede servir para entender por qué en el Perú de hoy la izquierda es una fuerza política con un tercio del electorado, por qué al mismo tiempo una organización como Sendero Luminoso propone por medio de las armas hacer estallar esta sociedad, por qué el Apra ha emprendido un esfuerzo por reformar el país y por qué la derecha clásica no tiene nada que decir.